



### FERNANDO É ISABEL.

**E**L reinado de Fernando é Isabel será eternamente célebre en los fastos de la gloria y de la política, porque abrió una nueva era de grandeza para España, preparando las maravillas del siglo de Carlos V, del altivo monarca que aspiraba á la monarquía universal; y porque prolongando la ilusión popular, sostuvo en medio de grandes reveses el poder de Felipe II, umbrroso revolucionario, que desde el fondo de su gabinete trastornó la Europa, á la cual podia comprar con los tesoros del Nuevo Mundo.

Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, trilogía importante en la historia del humano entendimiento! Por espacio de tres reinados consecutivos, España caminó al frente de la civilización, figurando en Europa en primera línea, porque la España de entonces era la nación victoriosa, ilustrada, urbana, galante y caballeresca por excelencia, como fué grande y valiente, aunque ya había decrecido su poder, cuando los descendientes del Cid y de Pelayo empapados en las ideas de independencia, dieron á la oprimida Europa la señal de la libertad comun por medio de una resistencia heroica al moderno conquistador.

Teatro mucho tiempo de las sangrientas luchas de Roma y de Cartago, despues de haber tenido la gloria de dotar al imperio romano de sus mejores príncipes, España fué presa de los hunos, los godos, los visigodos, y los vándalos que marcaban su temible paso con la caída de los tronos y la destruccion de las ciudades. Los conquistadores árabes, esos hijos del entusiasmo y de la victoria; los sarracenos de Africa, los moros subyugaron á su vez á España, é imponiendo su dominacion á los vencidos, ejercieron sobre ellos el mas glorioso, el mas lejítimo de los imperios, civilizando sus costumbres, introduciendo en la nacion sometida los beneficios del comercio y la industria, inspirando á los españoles el amor á las letras y las bellas artes.

Fernando, á quien los españoles dieron los dictados de Prudente y Sábio, y sus súbditos de Italia el de Religioso, unióse en matrimonio con Isabel de Castilla, y reunió bajo su poder este reino y el de Leon, convirtiéndose en un monarca poderoso. Sin hablar aquí de sus guerras contra Francia y el rey Luis XII, á quien venció con su astucia y el valor de su gran capitán Gonzalo de Córdoba, la reunion del Aragon y de la Castilla asestó el último golpe á la dominacion de los moros en España, cuya espulsion era la principal, si no la única necesidad del país. En consecuencia, hiciéronse inmensos preparativos, y se encañaron los esfuerzos de los dos reinos unidos contra Granada, donde los moros se habian hecho fuertes en sus postreros momentos de dominacion.

La flor de la nobleza española combatia en el sitio de Granada; Gonzalo de Córdoba hizo allí su primera campaña, y Fernando é Isabel asistieron en persona á tan renombrado asedio, lo cual servia de estímulo á los intrépidos guerreros..... Espulsados los moros de Granada, mas tarde se rebelaron los de Castilla, no sin sucumbir al ascendiente de la fortuna y el valor de los españoles. Pero como se refujiasen no pocos á los montes inaccesibles de las Alpujarras, donde por espacio de mucho tiempo desafiaron el poder del vencedor; Fernando, á quien la conquista de Granada habia valido el dictado de Católico, resolvió justificar un título tan glorioso. Para ello promulgó un



decreto, mandando que los moros que no abrazasen el cristianismo, saliesen del reino; medida perjudicial al Estado, por cuanto solo unos diez mil moros recibieron el bautismo, al paso que se retiraron á Africa mas de cien mil familias, privando al territorio español de un pueblo agrícola y comercial, á quien se debía una era, ya que no de ventura, de civilizacion al menos.

No obstante, sin la toma de Granada y la espulsion de los moriscos, no se hubiera descubierto el Nuevo Mundo; pues estos sucesos estaban ligados entre sí por medio de resortes invisibles. Mientras Fernando é Isabel tuvieron que luchar contra los moros de Granada, como el poderoso interés de la seguridad de la nacion absorvia los demás, olvidaron el resto del mundo. Poco les importaba que el genio de Colón fuera á revelarles que allende los mares existia otro globo y pueblos desconocidos hasta entonces; los dos *reyes* (¿quién mereció mejor el nombre de *rey* que Isabel de Castilla?) no veian otro mundo que la ciudad de Granada, ni llevaban mas lejos su plan de conquistas. Granada era su único horizonte y los límites de la tierra; pero luego que se apoderaron del último baluarte musulmánico, escucharon al célebre navegante, y bajo la impresion de su reciente triunfo aspiraron á nuevas glorias. Conocieron, Isabel sobre todo, que tenia un alma noble y generosa, cuán bochornoso y aun impolítico sería repudiar una empresa de que podría aprovecharse otra potencia, y al fin se cumplieron los votos de Colón al cabo de ocho años de obstáculos, desprecios y constancia.

«*Sí, la tierra da vueltas!*» exclamaba Galileo en los hierros de la inquisicion; y del mismo modo sostenia Colón, á despecho de la ignorancia y la envidia, que existia otro continente. Como los héroes de la ciencia, pasando de lo conocido á lo por conocer, el ilustre navegante antes de intentar su descubrimiento, estudió á los antiguos y consultó á los sábios modernos, dedicándose por espacio de cerca de cuarenta años, es decir, mas de la mitad de su carrera, á recorrer las diversas partes del globo. Aunque se hubiera engañado en sus cálculos, el mundo debería estarle agradecido, porque de error en error no se pasa al descubrimiento de la verdad?... Pero la envidia contemporánea, tan difícil de desarmar, no cesó de perseguirle, no pudiendo perdonarle el que acertara en sus cálculos.

Tratósele primero de visionario y vagabundo, y despues se le incensó como un Dios; pero la envidia no tardó en vencer, destrozando la divinidad aun en vida. Esta es la historia de la debilidad humana en todas las grandes empresas que confunden al vulgo, debiendo tenerse en cuenta además que el exceso de la gloria produce el exceso de la injusticia. Habíase negado que pudiese existir otro hemisferio, y Colón lo descubre. Habíase negado el movimiento, y él marcha. ¿Qué debía resultar de esto? Se afectó

despreciar sus trabajos, sosteniéndose que nada tenían de difíciles, y que el piloto mas simple los hubiera ejecutado; acusacion que el noble marino refutó de un modo ingenioso.

Pero cuántas calumnias, cuántos malos tratamientos, cuántas injurias y ultrajes tuvo que sufrir antes de obtener reparacion! No la obtuvo mientras respiró, y solo con la muerte espizó la gloria de su vida, porque contra tanto odio y encarnizamiento solo podía invocar á la posteridad.....

Digno patricio de Génova, despreciado por tu patria, Inglaterra y Portugal, España se aprovechó de tus conocimientos y tu arrojo para descubrir un mundo, plantando en él la noble enseña de Castilla!....Quién diría al que acababa de prestar á la monarquía tan eminente servicio que habia de volver á Europa cargado de cadenas, despues de sufrir las persecuciones y los ultrajes de los envidiosos Ovandos y los mezquinos Bo vadillas?....

Sin embargo, en el buque que conducia hubo hombres generosos que quisieron romper sus grillos; pero los contuvo diciendo que se los habian puesto en nombre del rey, y hasta que este lo ordenase no los dejaría. Cuando se vió en presencia de Fernando, cayó á sus plantas con los ojos preñados de lágrimas, y triunfó, confundiendo á sus acusadores. Despues volvió á América, donde se vengó descubriendo nuevos paises; pero ay! al desembarcar en España se halló sin protectora, porque la generosa Isabel acababa de espirar. Fernando, cediendo sin duda á pérfidas cuanto insidiosas instigaciones, quiso obligar al gran marino á que hiciese dimision de todos sus empleos, y si bien el ilustre genovés rehusó con dignidad, no pudo resistir á este último golpe, y murió en Valladolid á la edad de setenta y cinco años, dejando memoria eterna.

Y ya que al hablar de Fernando é Isabel, á quienes tanto debió la España de aquellos tiempos, á pesar de la ingratitude de Fernando para con Colón y el gran capitan; ya que hemos tratado del descubrimiento del Nuevo Mundo, diremos algunas palabras acerca de Hernan Cortés y de Pizarro; esos terribles conquistadores que subyugaron la América, imponiéndola el formidable dominio del poderoso rey de Castilla. El recuerdo de las portentosas hazañas de estos dos guerreros, vivirá eternamente porque es imposible olvidar la larga série de triunfos que alcanzaron con un puñado de soldados, contra enemigos que no tenían número.

Cortés y Pizarro han renovado en el Nuevo Mundo los prodijios de Marathon; ambos activos, ardientes, infatigables, ambiciosos, pero prudentes y políticos; dotados de la sangre fria tan necesaria para ejecutar grandes designios; de alma fuerte, de viva y penetrante imaginacion, de constitucion robusta, mos-



trábanse ávidos de riquezas, pero tambien de peligros; porque si las unas crean la fortuna las otras aseguran la verdadera fama.

Con seiscientos hombres y algunas piezas de cañon, el jóven teniente de Velazquez derribó el poderoso imperio de Méjico, empleando la astucia y la destreza, la fuerza y el valor. *Vencer ó morir!* grita á sus camaradas despues de quemar los buques, y logra encadenar la victoria, tanto mas gloriosa, cuanto que al principio no dejó de ser dudosa. No menos temible para los españoles que para los mejicanos, vióse obligado á luchar hasta el fin de su carrera contra las frecuentes insurrecciones de los vencidos, y contra las sospechas no solo de aquellos á quienes obligó á vencer, sino de la corte de Madrid, que temia su ambicion y su popularidad. Cansado de combatir contra indignos adversarios que le suscitaba un gobierno ingrato, abandonó el teatro de su gloria; y vuelto á España, pasó el resto de sus dias en la soledad, desdeñado por un soberano á quien *habia conquistado mas provincias que poblaciones le dejaron sus ascendientes.*

Quizá mucho mas admirable, Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, todo lo debió á sí mismo, y con su jenio suplió á los beneficios de la educacion. Hombre extraordinario que saliendo de las últimas filas del pueblo como Sixto V, cuya historia os hemos contado, destruyó imperios como Alejandro. A ejemplo del rey de Macedonia, no solo supo destruir, sino fundar ciudades, establecer colonias, proteger el comercio y la agricultura. Estraño á la avaricia, Pizarro empleó los tesoros del Perú en los gastos de la conquista, y murió en la pobreza á los golpes de un asesino.

Separada de la metrópoli por medio de la violencia, la América ha quebrantado el yugo de sus antiguos señores, y no es ya una colonia española sino que se gobierna por sus propias leyes. Empero desgarrado el Nuevo Mundo por facciones intestinas, entregado á continuas convulsiones y violentas tempestades, quizá á estas horas echa de menos el dominio de la pujante aunque hoy decaida nacion de Fernando é Isabel.

## LOS TRES HERMANOS MUSICOS.

### I.

Despues de seis años de encarnizada y sangrienta guerra, gracias á nuestra constancia, á nuestro entusiasmo, á nuestro valor, en fin, no solo logramos espulsar de nuestra patria á los

franceses, sino que les perseguimos hasta su país, repeliendo de este modo la mas injusta de las agresiones.

Hallábase acampado nuestro ejército cerca de Bayona, y se agrupaban los soldados en torno de las fogatas, cuyas llamas iluminaban los heroicos semblantes, que jamás pudo mirar el enemigo cara á cara sin espanto. La actitud de los guerreros españoles revelaba la fatiga, porque contaban largos y penosos trabajos; pero entre aquellos espesos bigotes se traslucía la expresión de terribles amenazas contra los que vinieron á hacernos la guerra en nuestra misma casa, derramando á torrentes la sangre castellana, y sembrando de escombros la nación de Carlos III.

Sobre una de las fogatas se veía una gran marmita sostenida por tres palos puestos en forma de triángulo, y llena de legumbres y de algunas gallinas, á creer el olor que exhalaba cuando el ranchero movía con un bastón lo que la vasta marmita contenía. Acá y allá se encontraban en el suelo algunas armas, barrilillos, jarros y panes de munición; cuadro tanto mas interesante, cuanto que andaban allí confundidos oficiales y soldados, no faltando algunos de estos últimos que lucían en extraño maridaje las prendas del uniforme español y alguna que otra francesa recojida en los campos de Vitoria.

Mientras así se disponía la cena, salió de un bosque inmediato una mujer joven todavía, pero pálida y flaca, debido al cansancio, la enfermedad ó la pobreza; de suerte que una vejez prematura habia marchitado sus facciones, que sin ser hermosas, tenían no obstante cierta regularidad. Su traje revelaba profunda miseria, y sobre su espalda hallábase sentado ó mas bien agrupado un niño de tierna edad, puesto sobre una caja parecida á los organillos que traen los músicos extranjeros. A su lado caminaban otros dos niños de alguna mas edad que el primero, y los tres eran sumamente bonitos; pero el frío, el hambre y todas las incomodidades de un viaje de muchos días, hecho sin dinero y sin recursos, habian enflaquecido sus mejillas, apagado el brillo de sus ojos y borrado los bellos colores de la infancia. Así es que tiritaban, y dirigiendo ansiosas miradas á todos aquellos preparativos, harto bien dieron á conocer su necesidad.

«Ola, comadre, exclamó un andaluz, que era el orador de la compañía y á quien sus camaradas habian bautizado con el nombre de *Buen-Timbre*; ¿de dónde viene V. de este modo?

—De Bayona, respondió la joven con acento alemán muy pronunciado.

—Por lo que veo, no es V. francesa.

—No señor, soy sajona, de Dresde.

—Magnífico!.... pero no se detiene V. un poquito?.... De buena gana hablarían esos chicos con la lumbre, y dirían una



palabra á la gamella. Ea, dejémosnos de remilgos! con los valientes no hay que gastar cumplimientos.»

Y los tres niños, con inefable expresion, miraban alternativamente á los soldados y á su madre, dando gracias á los unos y suplicando á la otra. Esta, sin disimular su alegría, se acercó al grupo, y todos acudieron á desembarazarla de su pesada carga. Hiciéronla sitio para que se acercase al fuego, y los niños, saltando con su acostumbrada alegría entre los soldados, abrazaron á *Buen-Timbre*, jugando con sus bigotes.

Cuando llegó la hora de cenar, todos se acercaron á la marmitta, y sobre anchas rebanadas de pan negro ponian la carne y las legumbres, y despues pasaban de mano en mano los jarros llenos de vino. La madre y los hijos estaban enagenados, y sus rostros expresaban ese aire de ventura que tan bien sienta á la juventud y la infancia.

«¿Cómo ha llegado V. á tan miserable estado? dijo *Buen-Timbre* suavizando la voz.

—Mi marido, mis dos hijos y yo habitábamos una casita en las cercanias de Dresde, y por tres veces fuimos robados por las tropas francesas.

—Lo mismo han hecho en mi tierra; pero les hemos pagado como merecian.

—Mi marido, que en otro tiempo fué músico, y habia sufrido muchas desgracias, tocaba el violin por las calles, y mis dos hijos, pues entonces no habia dado á luz el tercero, iban con él tocando el organillo.

—Con esta caja?

—Sí, señor soldado, dijo uno de los niños con acento muy español; ¿quiere V. que la toque?

—Pues no habla mi lengua como yo!

—Su padre era español, y les enseñó el castellano.

—Acabára V. por Cristo! con que estos pilluelos son paisanos míos, ó poco menos? Pues, señor, me alegro infinito, dijo el soldado apurando un jarro de vino.

—A poco tiempo murió mi marido, y como nada nos habia quedado, me he puesto en camino con los niños para ir al pais de mi marido, donde espero hallar algun pariente que recoja á estos pobrecitos. Entonces me volveré yo á Alemania.»

La viuda no pudo acabar, porque los sollozos la ahogaban.

—Ah! dejémosnos de simplezas, dijo *Buen-Timbre* saltándose las lágrimas; ¿y de qué pais era su marido de V?

—De Osuna, cerca de Sevilla..... Hasta el día, nos hemos mantenido los tres tocando por los pueblos; pero hacia dos dias que á casi nadie habíamos encontrado, y veinte y cuatro horas que ni habíamos comido ni descansado. Cuando avisté á VV. apenas tenia esperanzas de llegar á la aldea que se vé desde aquí,

porque aunque no me faltaban fuerzas, los niños no podían sostenerse, viéndome obligada á llevar en brazos ya al uno ya al otro, y para engañar su hambre á hacerles mascar ramillas de algun árbol.....»

Al día siguiente el ejército emprendió la vuelta á España, donde entraron la madre y los hijos tocando un himno patriótico. La alemana, al ver el suelo patrio de su marido, alzó al cielo una mirada de gratitud, y los chicos la imitaron como la imitaban siempre que se ponía á rezar.

## II.

En Vitoria, la madre de los tres niños, á quienes en adelante llamaremos los tres hermanos músicos, cayó enferma, y el mayor de los chicos, que no tenía doce años, no quiso que la condujeran al hospital. Lloró tanto y tan fuerte; sus hermanos mezclaron tantas lágrimas á su llanto, que enternecidas algunas personas caritativas se encargaron de cuidar á la pobre extranjera y á su corta familia.

Siéndole preciso á *Buen-Timbre* continuar su marcha, abrazó á sus amigos y les dejó algunas monedas que había guardado en el forro de su uniforme. Esta fué para los niños una fortuna, cuyo secreto solo confiaron á su madre á fin de tranquilizarla acerca del porvenir, bien limitado por cierto. A pesar de estos recursos inesperados, tratóse al pie del lecho de la querida enferma de cómo se aumentarían los medios para vivir sin servir de carga á nadie. Había en aquellos tres corazones y en aquellas tres inteligencias apenas formadas maravillosos instintos, pero la música y la profesion de su padre era cuanto podían explotar, y hé aquí lo que se adoptó á propuesta del mayor de los niños:

Todas las mañanas, despues de estar seguros de que nada faltaría á su madre, recorrerían las calles de Vitoria tocando el organillo y cantando algunas canciones del pais para agradar á los transeúntes: dos veces al día uno de ellos iría á casa para ver á la madre y entregarla lo que juntasen, y por la noche se reunirían todos despues que la campana diese las diez, ó, como decían los niños en aleman, cuando sonase el *lumbeglock*. Por supuesto se adquiriría un violin y un método para aprender á tocar este instrumento, al paso que uno de ellos, el mayor, se aprovecharía de las horas de descanso para recibir lecciones, y poder en seguida enseñar á sus hermanos.

Al principio los vitorianos hicieron muy poco caso de los tres chicos, á los cuales confundían con los músicos alemanes, italianos y franceses que suelen penetrar en España por aquella parte de la frontera; pero su donaire, su modesto vestido y sus graciosos semblantes interesaron á algunas personas, y des-



pues á otras, hasta que obtuvieron la predileccion de la ciudad.

En el paseo eran la delicia de la jente elegante; en el café servian de solaz á los jóvenes, y en las posadas, en las tabernas, en las romerías, divertian á la multitud. Aprendian con pronta y fácil docilidad lo que podia ser grato á los que les escuchaban, y hasta componian algunas cancioncillas, recuerdos mas bien que inspiraciones. De todo esto resultó, que recojieron muy buenos cuartos, restablecióse la salud de su madre, y á las bendiciones que sin cesar les dirigia esta, mezclaban acentos de religiosa gratitud.

Una mañana clara y despejada, la ciudad entera habia salido á gozar de los primeros rayos del sol de primavera, y los tres hermanos, muy crecidos y con buenos trajes se presentaron á la multitud, la cual les miraba con sorpresa y con benévola curiosidad. No llevaban como otras veces el organillo que era su eterna orquesta y el único acompañamiento de sus cantares, sino que el mayor tenia un violin, el otro una flauta, y el mas pequeño, aunque con trabajo, cargaba con un violonchelo.

Animados los chicos con la buena acogida de los vitorianos, colocáronse en una eminencia, y allí ejecutaron delante de lo mas escogido de la poblacion fragmentos de Beethoven y de Mozart. Los oyentes estaban admirados, y llovian las monedas sobre una bandeja de estaño, con gran alegria de los músicos, quienes se retiraron á la ciudad con ánimo de entregar para objetos de beneficencia todo el producto de su primera colecta, en lo cual cumplian un voto de caridad.

Era imposible comprender cómo aquellos niños que pasaban todo el dia y parte de la noche tocando el órgano y cantando en los sitios públicos y en los paseos, en las plazas y en las calles, se habian convertido tan pronto en hábiles artistas. Porque nadie sabia que por espacio de cinco años, bajo la direccion de su hermano mayor, cuya disposicion y celo eran extraordinarios, cada uno de los dos hermanos habia aprendido el instrumento que podia completar la armonia. Todas las noches, cuando su madre se dormia bendiciendo á los hijos de su corazon, encerrábanse en una pieza aislada del piso alto, y allí daban principio á una leccion que devoraban con avidez. Con el estudio y la constancia, saltaron la primera valla, y luego creció el trabajo, los progresos fueron rápidos, y nuestros músicos, uno de los cuales entraba en la juventud, mientras los otros hallábanse en la adolescencia, se creyeron bastante fuertes para intentar un ensayo en público, no sin que el éxito coronase su empresa.

Habíanse hecho los músicos la delicia de las mejores tertulias de Vitoria, y vivian con su buena madre en la mayor comodidad, cuando llegó la noticia de que pronto entrarían tres batallones de infantería, destinados á guarnecer la plaza. En las

provincias siempre llama la atención la llegada de nuevas tropas; así es que un concurso numeroso se trasladó á la puerta por donde aquellas debían hacer su entrada.

Los tres hermanos, acompañados de su madre, hallábanse entre la multitud, y cuando oyeron á lo lejos la música militar saltaron de alegría, como si un presentimiento secreto fuese á anunciarles lo que iba á suceder. Avanzaban los batallones vestidos de gala, y á la cabeza de la música, después de los gastadores, llamaba la atención un tambor mayor de alta estatura, y cuyo traje era muy pintoresco. Llevaba un kolback con un penacho, del cual salía un plumero gigantesco, y los tres hermanos le miraban con emoción cuya causa ignoraban, hasta que el mayor exclamó:

«*Es Buen-Timbre!*»

Al oír este nombre, el tambor mayor volvió la cabeza majestuosamente, y la mirada que dirigió á sus amigos les probó que no los había olvidado; pero la disciplina no le permitía distracción alguna, por lo cual les hizo señal para que acompañasen el regimiento hasta el cuartel que debía ocupar.

### III.

Figúrense nuestros jóvenes lectores cuál no sería el placer de todos al volverse á encontrar: sucedíanse las preguntas y las caricias, y ninguno se escuchaba hasta que *Buen-Timbre* rogó á sus amigos le contasen su actual estado. Hízolo así el mayor, y cuando acabó su relato, el veterano abrazó á los tres, estrechándolos contra su corazón.

Sus aventuras eran mas sencillas: cumplidos sus años de servicio, no había querido abandonar su bandera que había visto flotar con orgullo en muchos combates, y nombrado tambor mayor de su batallón, iba de guarnición á Vitoria, donde todos los días podría ver á los que amaba con todas sus fuerzas, y en los cuales había pensado no pocas veces.

*Buen-Timbre* era muy constante en las visitas que hacía á sus amigos, y como se apasionase de la música al oírlos, quiso aprenderla. El mayor de los tres hermanos se convirtió en su maestro; mas su organización era rebelde para la música, á pesar de la gracia con que se contoneaba al frente de sus tambores, y la destreza con que manejaba la insignia de su empleo.

Dos años después de estos sucesos, los tres hermanos tuvieron el dolor de perder á su mamá, y abandonaron una ciudad que si les ofrecía gloriosos recuerdos, también les afligía con el pesar que les causó la muerte de una madre, cuya salud habían minado los trabajos.



Luego que recorrieron la Francia, se dirigieron á Alemania, recojiendo en todas partes aplausos y dinero. Ellos mismos componían lo que tocaban, y sus obras tenían particular encanto, el de una delicadeza inimitable. Pura y penetrante su melodía, suave y argentina su armonía, noble el candor de aquellos tres artistas unidos por los lazos de familia y por la fraternidad intelectual, acercábanse hácia la madurez sin perder ninguna de las amables cualidades de la infancia, y toda la Alemania celebraba su mérito.

Seguramente era un espectáculo digno de interés el de tres hermanos recorriendo con tanta reputacion y colmados de aplausos y de riquezas, las mismas poblaciones que años antes habían pisado pobres y necesitados, faltos de todo, hasta de consuelos. Quisieron tornar á los sitios que habían sido testigos de sus trabajos, y festejados en todas las ciudades, hasta la corte rindió su tributo de admiracion á su indisputable talento.

Hace un año que hallándonos nosotros en Alemania presenciábamos una escena interesante. Ejecutábase una ópera nueva en el teatro de una de las ciudades que se miran en las ondas del Rhin, y un augusto personaje había acudido para asistir á la representacion. La ópera obtuvo todos los sufragios, y la partitura excitó transportes de entusiasmo, pues al mismo tiempo que eran graves y expresivas las masas de armonía, sostenían perfectamente las cantinelas del drama musical.

Cuando se acabó la última escena, la corte quiso saludar al autor de una obra tan llena de mérito; y como los espectadores se asociasen á este deseo, salieron á las tablas con suma modestia tres artistas con el pecho cubierto de cruces. Eran los tres hermanos músicos, los cuales se abrazaron llorando al oír las felicitaciones mil veces repetidas de un público entusiasta que no se cansaba de prodigarles su admiracion y cariño.

## EL SOBRINO DE LA FRUTERA.

Cómo, desdichado! repetía á su hijo el padre Lázaro, cocinero en Versalles; por Navidad tendrás seis años, y no posees todavía la menor habilidad de agrado; ni sabes dar vueltas al asador, ni espumar la olla!

Y es menester confesar que el padre Lázaro reprendía con alguna razon, porque en el momento que ocurría esta escena, en 176.... acababa de sorprender á su heredero presuntivo en flagrante delito de travesuras y pereza, tirando al florete, armado de un asador que hacia las veces de éste, contra la pared ahumada de la cocina, sin cuidarse de un ave que esperaba de un modo lastimero sobre la mesa el momento de ser empalada, y

de la puchera paterna que despedía hirviendo borbotones de espuma sobre la ceniza.

—Vamos, perdónalo y abraza á ese pobre niño; él no lo hará mas, decía una paisana todavía jóven, frutera en Montreuil, y hermana del irritable cocinero. Marta (este era su nombre) habia ido á Versalles bajo pretexto de consultar á su hermano, no sé sobre que proceso, pero en realidad para acariciar y regalar frutas á su sobrino, á quien amaba locamente. Todo en el carácter y el exterior de aquel niño podia justificar este afecto extraordinario, porque era travieso y alborotado, pero bueno y sensible, y bonito, bonito!.... que daba gana de comérselo á besos al ver sus lindas mejillas, mas frescas y coloradas que las frutas de su tia. Mas el padre Lázaro reñia siempre. Seis años! repetia, y no sabes espumar la puchera! Jamás podré hacer de este niño nada bueno.

El padre Lázaro, tenedlo entendido, era uno de esos cocineros pagados de su saber y fanáticos que miran su oficio como el primero de todos, como un arte, como un culto y que afianzaba con tanta severidad un cuchillo de cocina, como un bajá el yatagan; que pelaba un ganso con el continente solemne de un gerofante consultando las entrañas sagradas, batia una tortilla de huevos, con la majestad de Jerjes azotando el mar; que habia encanecido bajo el inmóvil gorro de algodón, y tendría gustoso al tiempo de morir el mango de una sartén, como dicen que tienen los indios devotos la cola de una vaca.

Ya no hay hombres de ese temple.

En cuanto á Marta la frutera, era una criatura buena y sencilla.... tan buena, que era no tonta, como se dice vulgarmente, sino al contrario, vivaracha. Sí, ella encontraba á veces en su corazon maneras de hablar sentimentales y apasionadas, que el mismo Voltaire, el hombre grande de aquel tiempo, jamás habría encontrado bajo su peluca.

Todavía hay mujeres de esta estofa.

—Hermano, dijo enternecida y casi llorando al ver llorar á su Lazarito: ¿te acuerdas de aquel gran cofre que te parece tan á propósito para guardar la loza, y que no he querido venderte? pues te lo cederé ahora si quieres.

—Todavía doy por él diez francos como antes.

—Hermano, quiero mas.

—Vamos, diez libras y diez sueldos y no hablemos mas.

—Oh! exijo mas todavía. Es un tesoro el que quiero!

El padre Lázaro miró á su hermana como para descubrir si estaba loca.

—Sí, continuó ella, quiero llevarme á mi casa á mi Lazarito, para mí sola. Desde esta noche, si quieres, es tuyo el cofre, y me llevo el chico á Montreuil.



El hermano de Marta no dejó de poner algunas dificultades, porque en el fondo era buen hombre y buen padre; pero el niño en pleito le hacia criar, segun su expresion, *tan mala sangre* y hacer tan malas faltas!... Las instancias de Marta eran tan vivas.... y por otra parte, el cofre en cuestion, era tan cómodo para encerrar la loza!.... en fin cedió.

—Ven, hijo mio, ven, decia Marta llevándose á Lazarito hacia su calesin, mejor estarás en mi casa, entre mis manzanas, que comes con tanto placer, que en la sociedad de gansos asados de tu padre. Pobre niño! habria perecido entre esta humareda.... Mira que pronto, añadió con sencilla admiracion, mi ramo de violetas, que hace poco estaba tan fresco, ya se ha puesto marchito. Oh! ven y marchemos pronto: si tu padre quisiese desdecirse y recojerte de nuevo!

Y se llevaba su presa tan velozmente, que los transeuntes la habrían tenido, á no dudarlo, por una gitana ladrona de niños, á no ser por su ropa decente y el andar libre y contento de su jóven compañero.

El primer cuidado que tomó la buena tia despues de haber instalado á su sobrino en su casa, fué enseñarle ella misma á leer, de lo que el padre Lázaro no se habria acordado jamás, porque totalmente desprovisto de instruccion, el buen hombre no conocia el valor de esta, y se le habria sorprendido mucho, sin duda, esplicándole que una de las plumas que él arrancaba tan sin reparo en las alas de sus gansos, podia, cayendo en manos hábiles, trastornar el mundo. Lazarito aprendió pronto y con tanto empeño, que la maestra se veia frecuentemente obligada á cerrar el libro la primera y decirle: «basta, anjel mio, basta por hoy; ahora vete á jugar, ten mucho juicio y diviértete bien.» Y el niño obedecia y andaba á caballo con gran ruido en la casa ó delante de la puerta montado sobre un palo. Algunas veces la inocente cabalgadura tascaba el freno al parecer.

—Dios mio! Dios mio! se vá á caer, exclamaba entonces la buena Marta, que seguia al ginete con los ojos, pero muy pronto lo veia domar, dirigir y espolear su palo de escoba con toda la destreza y el aplomo de una vieja hechicera, y tranquilizada, se sonreía desde su ventana como una reina desde su balcon.

Este instinto guerrero fué creciendo con la edad, de tal modo, que á los diez años fué nombrado por unanimidad de votos general de los nenes de Montreuil, que combatian entonces, divididos en dos campos, la posesion de un nido de mirlos. Inútil es decir que justificó esta eleccion por prodijios de habilidad y de valor. Se pretende tambien que le sucedió ganar cuatro batallas en un dia, hecho inaudito en los anales militares (el mismo Napoleon no llegó nunca mas que á tres). Pero su grado superior y sus victorias no hicieron á Lázaro mas arrogan-

te que antes, y todas las noches el beso filial de costumbre resonaba con la misma expresion en las mejillas de la frutera. Mas ay! la guerra tiene azares terribles, y cierto dia el conquistador experimentó cierta desgracia, que estuvo para disgustarle de las conquistas para siempre. Este es el hecho: cuando se bajaba para observar los movimientos del enemigo, la mano apoyada en un tronco de árbol, y poco mas ó menos como Napoleon dirigiendo una batería á Montmirail, el pantalon del general observador estalló y se rasgó por detrás, donde sabeis, dejando pendiente y flotante el ancho extremo de una camisa que Marta habia lavado y planchado el dia antes. A esta vista, los héroes de Montreuil dieron una carejada tan fuerte, como la hubieran podido dar los dioses de Homero, grandes amigos de reir como se sabe. El ejército se alborotó; el general gritó en vano como Enrique IV, cuya historia habia leído: «Soldados, reuníos, sirviendo de guia mi plumero blanco!» Le respondian que un penacho no se ponía en aquel sitio, y que no se podia sin hacer injuria á los colores franceses enarbolarlos en semejante brecha; de tal modo, que el pobre general rompió sobre la espalda de un amotinado el baston de general, y entró en su hogar triste y corrido como los ingleses, al llegar á Doules despues de la batalla de Fontenoy..... Este nombre me recuerda una circunstancia, que habria hecho mal en omitir, porque influyó mucho en el carácter y el destino del héroe de esta historia. Un pobre soldado viejo que venia de tiempo en tiempo á casa de Marta, su parienta lejana, á fumar en su pipa en el rincon de su chimenea, y acalorarse el corazon con un vaso de ratafia, no habia dejado de contar como él y el célebre mariscal de Saxe habia ganado la célebre batalla. Os dejo pensar si esta relacion inexacta, mas acalorada, habia debido inflamar la imaginacion del jóven oyente. Desde entonces, dormido ó despierto, oía sin cesar galopar los caballos, silbar las balas, y resonar los cañones; y mas de una vez, solo en su cuartito, se figuró en su pensamiento autor de aquel gran drama militar.

Era menester haberle visto entonces brincar, saltar y gritar. —Tirad los primeros, señores ingleses!— Mariscal, nuestra caballería es rechazada!—La columna enemiga es inmóvil!— Adelante la casa real! pin! pan! Bravo! el cuadro inglés está roto! Nuestra es la victoria, viva el rey!

El pobre Lázaro se creía por lo menos escudero de Luis XV ó coronel. Semejante ambicion os causa risa sin duda! ¿Habria sido un milagro, no es así, que el sobrino de la frutera pudiese levantarse á tanta altura? Sí, pero recordad que nos acercamos á 1789, época fecunda en milagros, y escuchad: Lázaro, alistado primero en los guardias franceses, á pesar de las lágrimas de la tía, que él trataba de consolar, antes de partir, con sus cari-



ños, no tardó en ser sarjento. Despues el siglo marchó, y la fortuna de muchos sarjentos tambien. En fin, de grado en grado llegó á ser, acertarlo. ¿Coronel? No habia ya coroneles! Escudero del rey? No habia ya rey. No lo acertais? Pues bien, Lázaro, el hijo del cocinero; Lázaro el sobrino de la frutera, llegó á general; no ya general por broma, y con gorra de papel, sino general *formal*, con su sombrero de penacho y una casaca bordada de oro; general en jefe, general de un grande ejército francés, nada mas que esto. Y si de ello dudais, abrid la historia moderna, y en ella leereis con entusiasmo las bellas y grandes acciones del general Hoche. Hoche era el apellido de la familia de Lázaro. Démosnos prisa en decir para elogio suyo, que sus victorias bien formales en esta ocasion, no alteraron la misma modestia y bondad que sus victorias cuando niño en Montreuil. Así, cuando un día de revista pasaba al galope por el frente de su ejército, estaba aun en una ventana cerca de allí una buena vieja que miraba atentamente al gallardo general, llena de placer, de temor y repitiendo como veinte años antes. «Dios mio, Dios mio! se vá á caer! En cuanto al cocinero regañon de Versalles, tambien estaba allí maravillado de haber dado un héroe á la patria, repitiendo con cierto orgullo á los que le felicitaban: No podeis creer cuánto me ha costado educar á ese niño. Figuraos, ciudadanos, que á los seis años no sabia espumar la puchera.

### HIMNO A DIOS.

Los globos inflamados que absorto el hombre mira  
Allá en el firmamento rodando sin cesar;  
Los átomos errantes que en el espacio inmenso  
Vemos, y en medio al aire, alijeros volar;

La hermosa primavera de flores coronada;  
Del abrasado estío el caloroso ardor;  
El nebuloso otoño y el aterido invierno  
Con sus oscuras noches, su escarcha y su rigor;

El fragoroso estruendo de hortisona tormenta;  
Del trueno el eco sordo que retumbando vá;  
Todo recuerda al hombre la imájen sacrosanta  
Del Dios del universo, del grande Jehová.

Cuando niño inocente yo en la floresta umbría  
Blandamente embriagado en cénica ilusion,  
El cielo suspendido sobre mi pura frente  
Contemplaba estasiado de las brisas al son.

Venciendo mis sentidos á la ignorancia ruda,  
Del sol un blando rayo mi mente iluminó,  
Y admiré entusiasmado el órden inmutable  
Que el dueño de los mundos al mundo señaló.

En májico embeleso el alma arrebatada,  
Entreví allá en mis sueños al Supremo Hacedor,

Cercado de querubes, en la mansion angélica,  
Radiante de hermosura, cubierto de esplendor.

A través de los soles las nubes traspasando,  
Armónica y sublime su voz creí escuchar,  
Y en mi transporte ansiaba subir hasta los cielos,  
Y en sus plantas divinas mil besos estampar.

Hoy que el tiempo agostando mis años infantiles  
Trajo á mi pobre espíritu la luz de la razón,  
Humíllome al aspecto del Dios del universo,  
Que el culto de la mente pasára al corazón.

Pero mi rudo acento resuena en la espesura  
Del solitario bosque, y del viento al rumor,  
Pulsando triste lira de débiles sonidos.  
Canto humilde tus glorias y tu poder, Señor!

Sobre un trono esplendente de brilladora lumbre,  
Circundado, Dios mío! de pompa y majestad,  
De las sombras del caos á los dormidos mundos  
Sacaste, y de las nieblas de inmensa oscuridad.

Tú dominas los vientos, y en las espesas nubes  
Velando con misterio la frente divina,  
De tu voz al ruido abre el norte rajiendo  
De las negras tormentas el henchido arsenal.

Tu mano forjó el trueno, y en noche tenebrosa  
A los ardientes rayos alas de fuego dió,  
Tu mano los cabellos del errante cometa  
Para asustar al malo con cólera erizó.

Pero también tu mano la tierra fertiliza  
Y en áridos desiertos la rosa hace brotar,  
Tu mano que sobre ella las perlas del rocío  
Vá en abundante lluvia benigna á derramar.

Si quieres que iluminen las pálidas estrellas  
Allá en la oscura noche el firmamento azul,  
Te obedecen al punto, y encienden sus fanales,  
Rasgando de las nieblas el pavoroso tul.

Justamente indignado contra el protervo impío,  
Ora tu soplo enciende el fuego del volcán,  
Ora tu voz desata las roncadas tempestades,  
Ora tu brazo impele al férvido huracán.

Tú las alas formaste del águila altanera  
Que á la región celeste subiendo en vuelo audaz,  
Se mece entre las nubes, y gira en remolino  
Del sol esplendoroso ante la escelsa faz.

El murmurante río; el cristalino arroyo;  
Del campo la verdura; las flores del jardín;  
La noche soñolienta; el bullicioso día;  
El vapor de la tarde; de la aurora el carmin;

Todo revela al hombre tu espíritu infinito,  
En todo mira el sello de tu inmenso poder,  
Y si acaso un instante te desconoce ciego,  
Bien pronto arrepentido te encuentra por do quier.

Que si la luna brilla en la callada noche  
Te bendice gozoso el misero infeliz;  
Mas si la voz del trueno retumba en noche oscura,  
Tiembla el malvado y ora, doblando la cerviz.

J. MANUEL TENORIO.